

Doctor en Historia contemporánea de América, en 2011 recibió el Premio internacional de Historia Ateneo Jovellanos por la investigación *Iglesia y Revolución en Cuba*.

Acaba de publicar la monografía *Viento norte. La primera ocupación militar norteamericana de Cuba (1899-1902)* en la colección Eleanor Roosevelt del Instituto Franklin-UAH y Los Libros de la Catarata. Pertenece a la European Academy of Religion y a la Asociación de Política Exterior Española, donde coordina el área de investigación sobre relaciones transatlánticas.

Ignacio Uría

Profesor de Historia contemporánea y Relaciones internacionales de la Universidad de Alcalá. *Visiting Researcher* del departamento de Gobierno de Georgetown University y *senior associate researcher* del Cuban Studies Institute (Miami, EE. UU.).



DE LA PERSECUCIÓN A LA ACEPTACIÓN

El catolicismo en la política estadounidense

Ignacio Uría

Estados Unidos es un auténtico banco de pruebas para la compatibilidad entre la fe y la democracia liberal, una relación de la que no salen necesariamente bien parados.

En el caso del catolicismo, su historia se relaciona con el nacimiento de la nación desde sus primeros años. Así, tres Padres Fundadores eran católicos: Charles Carroll firmó la Declaración de Independencia en 1776 y su primo Daniel Carroll y Thomas Fitzsimmons aparecen entre los signatarios de la Constitución aprobada en 1787. De los tres, el más importante es Daniel Carroll, que participó en la Convención de Filadelfia donde se redactó la Carta Magna. Este terrateniente de Maryland lideró la limitación de poderes del gobierno federal y defendió la práctica libre de la religión, recogida después en la Primera Enmienda.

1

Panorámica de los católicos en la política norteamericana del siglo XIX

A lo largo de la primera mitad del siglo XIX, la comunidad católica empezó a crecer a partir de un insignificante 1 % del total de habitantes. Lo hizo

gracias a la inmigración de irlandeses y alemanes y a la evangelización del medio oeste. A ello se unió la anexión de los vastos territorios obtenidos en la guerra de 1846-1848 contra México¹, donde la población era católica.

Este aumento poblacional disgustaba a la Norteamérica protestante², que consideraba imposible ser buen ciudadano y, a la vez, católico, ya que estos debían obedecer a un soberano extranjero, el Papa. Este desprecio hundía sus raíces en la Reforma protestante, que consideraba a la Iglesia de Roma la "ramera de Babilonia" y al pontífice, el Anticristo. Tales enseñanzas arraigaron en las colonias británicas y se transmitieron al nuevo país hasta crear un anticatolicismo estructural que el historiador Arthur Schlesinger consideraba "el más profundo prejuicio en la historia del pueblo estadounidense"³.

El primer cambio significativo se produjo en la década de 1840. Son los años de la Gran Hambruna irlandesa, de la que huyeron doscientas mil personas en apenas diez años, y también del éxodo de los católicos alemanes derivado de la Revolución de 1848 y la instauración de gobiernos liberales poco afines a las iglesias cristianas. Con su llegada, el número de católicos alcanzó casi el millón, concentrados en Massachusetts, Nueva York y, por supuesto, Maryland, estado fundado por el católico George Calvert en 1632⁴. Tenían además un llamativo grado de fidelidad a su iglesia, en parte

¹ Por el Tratado de Guadalupe Hidalgo de 1848, México renunció a Texas y cedió el territorio que ahora ocupan los estados de Utah, Nevada y California, la mayor parte de Nuevo México y Arizona, y zonas de Oklahoma, Colorado y Wyoming.

² Dentro de este término incluyo las iglesias históricas de carácter nacional (presbiterianos, metodistas, calvinistas y luteranos), las congregacionistas (bautistas, evangélicos, cuáqueros y anabaptistas) y las carismáticas (pentecostales). La división no es exhaustiva.

³ Citado en Gibson, David, *The Coming Catholic Church: How the Faithful Are Shaping a New American Catholicism*, San Francisco (California): Harper Collins, 2003, p. 86.

⁴ Calvert quería una colonia para los católicos británicos que huían de la persecución anglicana. El nombre de Maryland («Tierra de María») se debe a la esposa de Carlos I, la católica Enriqueta María de Borbón, a la que se le dedicó la nueva colonia. De este modo, Calvert consiguió que el nuevo territorio llevara el nombre de la Virgen María sin que el rey se opusiera.

debido a la cobertura asistencial que ofrecía el catolicismo, en parte a la firmeza de sus convicciones⁵.

Poco a poco, los católicos se fueron extendiendo en el tejido empresarial norteamericano (estibadores, minería, ferrocarriles, metalurgia...) y lograron controlar algunos sindicatos. Por ejemplo, el poderoso *Knights of Labor*, presidido por el católico Vincent Powderly gracias al apoyo de los 350 000 católicos afiliados, la mitad del total.

A mediados del siglo XIX, el catolicismo experimentó un nuevo aumento por la inmigración, y las diferencias religiosas se convirtieron en una cuestión política. Aparecieron entonces sociedades secretas anticatólicas, como *Know-Nothing Society* o la *Order of the Star Spangled Banner*, que temían el crecimiento católico y su influencia en la cultura estadounidense⁷. Durante la Guerra de Secesión, miles de católicos lucharon en ambos ejércitos, demostrando así su compromiso con los valores norteamericanos. A ello se añadió la amplia labor social durante el conflicto, donde centenares de edificios sirvieron como hospitales.

A finales del siglo XIX, el catolicismo seguía siendo minoritario, pero crecía rápidamente. En 1890, se llegó a tres millones de católicos, es decir, el 12 % de la población. A esto había contribuido la igualdad legal y la libertad religiosa norteamericana, que contrastaba con lo que ocurría en Europa debido a las políticas secularizadoras y la extensión del marxismo entre la clase trabajadora. Los católicos estadounidenses se sentían cómodos en una sociedad donde tenían más derechos y libertades que en sus países de origen, y donde podían ganarse la vida con dignidad.

En este momento se puede hablar ya de un voto católico diferenciado. Según Paul Kleppner, en el periodo 1853-1892, un 70 % del voto católico se decantó por los demócratas y un 30 % por los republicanos, porcentajes que subían a un 80-20 en el caso de los irlandeses⁸. En el norte del país, el Partido Republicano se llevaba la mayor parte del voto protestante al defender la prohibición del consumo de alcohol. El 60 % de estos votantes quería una legislación federal que sancionara los llamados "pecados sociales" (alcohol, prostitución, tabaco...), porcentaje que subía al 90 % entre los cuáqueros. Por el contrario, católicos y episcopalianos (anglicanos estadounidenses) preferían que el gobierno se mantuviera al margen de estas cuestiones, una bandera que también levantaba el Partido Demócrata.

En 1900 los católicos iban camino de convertirse en la denominación religiosa más grande de EE. UU.

2

La gran explosión política del siglo XX

En 1900 los católicos iban camino de convertirse en la denominación religiosa más grande del país. Pese a ello, apenas alcanzaban altos cargos en el gobierno y solo habían tenido dos magistrados en el Tribunal Supremo en ochenta años. Aun así, el voto católico comenzó a decantar algunas elecciones municipales y estatales. Uno de los comicios más célebres fue el de la alcaldía de Boston en 1906, donde ganó el demócrata John Fitzgerald. Congresista federal en 1895, este irlandés se convirtió en uno de los políticos católicos más importantes de las dos primeras décadas del siglo XX y, además, futuro abuelo materno de John Fitzgerald Kennedy.

Entre 1900 y 1920, los demócratas obtuvieron más apoyo de la clase media y baja, reforzados además por la gran oleada inmigratoria procedente de Italia, Polonia y Europa oriental. A estos recién llegados les costaba integrarse, ya que no hablaban inglés, lo que reforzó la creación de guetos en los que resultaba difícil saber si uno se encontraba en EE. UU. Son también los años de la fundación del segundo

⁵ No hay estadísticas fiables sobre la movilidad interconfesional en esta época, pero es un hecho que solo se creó una confesión separada de Roma (la Iglesia Católica Nacional Polaca, en 1897) y que no hubo un trasvase significativo de católicos hacia iglesias protestantes ni viceversa.

⁶ Milano, Kenneth W., *Hidden History of Kensington and Fishtown*, Charleston (South Carolina): History Press, 2010, pp. 54-57.

⁷ Kennedy, David M.; Cohen, Lizabeth and Bailey, Thomas A., *The American Pageant: A History of the American People: To 1877*, Boston (Massachusetts): Cengage Learning, 2009, p. 314.

⁸ Kleppner, P. *The Third Electoral System 1853-1892. Parties, Voters, and Political Cultures*, Chapel Hill (North Carolina): The University of North Carolina Press, 1979: 182.



John F. Kennedy en su visita a el Vaticano en 1963. / JFK Library

Ku Klux Klan (1915), del Programa Episcopal de Reconstrucción Social, del activismo radical de Dorothy Day y su diario *Catholic Worker* y de la Ley Seca de 1919, que impedía la producción, venta y consumo de alcohol.

Por entonces, Nueva York tenía un gobernador católico, Al Smith, el primero en todo el país⁹. La ciudad contaba con dos millones de inmigrantes sobre un total de casi seis millones de habitantes, y su buena gestión le permitió presentarse a presidente. El protestantismo en bloque pidió entonces que no se le votara porque era el “típico fariseo creado por la jerarquía católica”, además de enemigo de la libertad religiosa y “siervo del Papa”, con el que supuestamente hablaba por teléfono. Por supuesto, Smith perdió las elecciones. Sobre todo, por su hundimiento en los estados sureños, donde los prohibicionistas tenían mucha fuerza. La derrota obligó al Partido Demócrata a revisar su política en el sur del país, pero sin dejar de contar con el voto inmigrante del norte. Esto lo consiguió Franklin D. Roosevelt, primer presidente en normalizar la presencia de católicos en la Administración y también en abrir una vía de contacto permanente con la Santa Sede. En gran medida, por la influencia del propio Smith —al que sustituyó como gobernador de Nueva York en 1931— y, sobre todo, del también católico James Farley, el político que diseñó las campañas electorales Roosevelt en 1932 y 1936 y que revolucionó la política estadounidense por el uso de encuestas.

Después de la Segunda Guerra Mundial, tanto Truman como Eisenhower demostraron poco interés por

la cuestión religiosa en EE. UU. Sin embargo, la Guerra Fría estaba en plena expansión y la ayuda de la Iglesia católica, con Pío XII al frente, podía ser un aliado importante en Europa. Esta práctica se mantuvo en las décadas centrales del siglo XX. En particular, en la presidencia de John F. Kennedy, el primer católico en dirigir Estados Unidos.

3

Entre Kennedy y Biden. La normalización política del catolicismo norteamericano

En abril de 1960, Kennedy ganó las primarias demócratas en Virginia Occidental. Por increíble que parezca hoy, se vio obligado a declarar que, si llegaba a presidente, no consultaría con Juan XXIII sobre cómo gobernar Estados Unidos. Su posterior elección como presidente supuso un hito indudable en la historia norteamericana, a lo que contribuyeron tres de cada cuatro votantes católicos.

Joe Biden, segundo presidente católico, no tuvo que aclararlo cuando ganó las elecciones de 2020. ¿Biden obedeciendo al Papa Francisco? Este cambio demuestra la mentalidad de un país con una larga tradición de sospecha hacia los católicos.

⁹ Estrictamente, el primer gobernador católico de un Estado fue el demócrata Martin Glynn en 1913, que dirigió Nueva York casi dos años. Sin embargo, no había ganado las elecciones, sino que sustituyó al gobernador William Sulzer debido a un caso de corrupción electoral.



El Presidente Obama en la llegada del Papa Francisco a EE. UU. en septiembre de 2015 / Obama Library

En las seis décadas que han transcurrido entre ambos, también la Iglesia católica ha sufrido una transformación que, en ciertos aspectos, rompe con su propia historia. El Concilio Vaticano II, celebrado entre 1962 y 1965, supuso un intento de adaptación al mundo moderno, pero también el abandono de su magisterio secular. Por ejemplo, al aceptar expresamente la libertad religiosa y renunciar a la tolerancia, modificar su liturgia para acercarla a la protestante y abrazar un ecumenismo que la equiparaba al resto de confesiones. Estos cambios la debilitaron internamente, pero facilitaron su aceptación por la sociedad norteamericana, en la que se abrió una brecha entre los católicos liberales y los conservadores. Ante este cambio cultural, los católicos progresistas se decantaron abrumadoramente por el Partido Demócrata, mientras que los más tradicionales comenzaron a girar decididamente hacia los republicanos.

Las diferencias entre unos y otros se debían a múltiples factores: la edad, el origen social, la raza, el nivel de estudios... Los más jóvenes y urbanos se decantaban por los demócratas, los de raza blanca y ciudades más pequeñas o zonas rurales, por los republicanos. Un ejemplo de este cambio es la diferencia de voto católico que recibió Nixon en 1968 (el 33 %) y en 1972 (el 52 %), en gran medida, por la retirada de Vietnam¹⁰. Es decir, a partir de la década de 1960 dejó de existir un voto católico y comenzaron a aparecer muchos votos católicos distintos. Como grupo, representaban entonces

una quinta parte del electorado y se convirtieron en uno de los colectivos más cortejados por políticos de todo signo.

Cuestiones como el control de natalidad, el matrimonio, el aborto, el divorcio o la inmigración establecieron una frontera entre aquellos católicos que querían adaptarse a los cambios y los que preferían resistir. La elección de Juan Pablo II en 1978 reforzó la posición de estos últimos por su oposición al comunismo. Este Papa coincidió con Ronald Reagan, un presidente carismático que simpatizaba con el catolicismo tradicional por su defensa del orden y de la familia.

En su famosa campaña de 1980 contra Jimmy Carter, Reagan contó con el apoyo de un grupo llamado "Demócratas de Reagan", en los que había muchos católicos, y obtuvo el 57 % de este voto —que se elevó al 70 % en el caso de los católicos blancos no hispanos—. Y esto a pesar de que el Partido Demócrata presentó a la católica Geraldine Ferraro como candidata a la vicepresidencia. Estos porcentajes se repitieron tanto en la segunda elección de Reagan como en la siguiente de George Bush padre. A esas alturas, se trataba de la tercera elección presidencial consecutiva en la que los católicos no apoyaron mayoritariamente al candidato demócrata¹¹.

En las elecciones de 1992 y 1996, en las que venció Bill Clinton, y en las siguientes de 2000, entre George Bush hijo contra Al Gore, los republicanos consiguieron casi el mismo número de votos católicos que los demócratas (48 % contra 51 %). Sin embargo, en 2004, cuando los demócratas

¹⁰ Heyer, K. E.; Rozell, M. J.; Genovese, M. A., *Catholics and politics: the dynamic tension between faith and power*, Washington, D.C.: Georgetown University Press, 2008: 17.

¹¹ Prendergast, W. B., *The Catholic vote in American politics*, Washington, D.C.: Georgetown University Press, 1999: 194.

eligieron al católico John Kerry como candidato contra Bush, este venció obteniendo un 52 % del voto católico. ¿Por qué? El propio Kerry lo explicó asegurando que, pese a considerarse un moderado, despertaba antipatía entre los católicos conservadores, a los que movilizó en favor de Bush.

En las elecciones de 2008 votaron 48 millones de católicos (el 22 % del electorado) y se decantaron claramente por Barack Obama: 54-45 %. Obama ganó en nueve de los diez estados de mayoría católica con un programa abiertamente liberal en cuestiones morales, pero no se trataba de una improvisación. Según el estudio Pew Forum on Religion and Public Life de 2009, el 78 % de los católicos estaba de acuerdo con la contracepción y el 52 % con el aborto.

En las dos últimas elecciones, 2016 y 2020, el voto católico se dividió de nuevo, pero con ventaja para Trump en ambos comicios. En especial, en 2016, cuando obtuvo el 52 % de voto por el 45 % de Hillary Clinton. Significativamente, el vuelco se debió a la nueva agenda política republicana, abiertamente pro-vida y renuente a aceptar el modelo social demócrata, que se decanta por las minorías y ha olvidado a los trabajadores norteamericanos, en particular y de nuevo, los de raza blanca.

Hoy, el 30 por ciento de los congresistas norteamericanos son católicos, un porcentaje algo superior al de todos los católicos del país. Sin embargo, el 75 % de los miembros del Tribunal Supremo (seis magistrados de nueve) son católicos, incluido el presidente, John Roberts. De esos seis, cinco han sido propuestos por los republicanos. Esta sobrerrepresentación ha levantado fuertes críticas en los sectores liberales, pero satisface y moviliza al votante católico blanco, más conservador que la media de los católicos del país. Dicha mayoría va a perdurar las próximas dos décadas, marcando el camino de la política norteamericana. La primera batalla se está viviendo hoy con la revisión de la jurisprudencia sobre el aborto, al que se le ponen límites después de muchos años de descontrol legislativo.

Una excepción a ese perfil es el propio Joe Biden. Sin embargo, él también perdió el voto católico en su enfrentamiento con Trump (48 % vs. 50 %). Su posición pro-aborto y la promesa de incremento del gasto público en empleo, sanidad e infraestructuras le alejó de los votantes blancos cristianos. Con algunos de ellos comparte parroquia en Georgetown, apenas a cien metros de la universidad jesuita del mismo nombre. Probablemente, seguidores suyos, ya que Biden obtuvo el 92 % de los votos en Washington. Sin embargo, el 57 % de los católicos blancos no hispanos apoyó a Trump por el 42 % de Biden, un porcentaje menor, eso sí, que en 2016 (64-31 %). La

Joe Biden perdió el voto católico en su enfrentamiento con Trump (48 % vs. 50 %)

otra cara de la moneda son los hispanos, ya que el 67 % respaldó a Biden y el 32 %, a Trump.

El sector conservador piensa mayoritariamente que Biden rechaza la doctrina católica por conveniencia, ya que él mismo ha confesado que rechaza el aborto. Durante décadas, además, apoyó la Enmienda Hyde, que prohíbe la financiación federal para practicar abortos, pero en las Primarias cambió de opinión abruptamente y dijo que no respaldaría dicha enmienda.

David Gibson, de la Universidad de Fordham, considera que los resultados de 2020 mostraron que la Iglesia católica está tan dividida como la propia nación, pero que el verdadero motivo es la raza y el origen étnico, no la fe. Por tanto, pasarán décadas antes de que los diferentes “votos católicos” vuelvan a ser un bloque uniforme. Si es que ocurre, cosa altamente improbable. A estas alturas, ni Estados Unidos ni la Iglesia católica pueden presumir de unidad y eso, en política y en religión, termina pagándose.

Referencias

- Heyer, K. E.; Rozell, M. J. and Genovese, M. A, *Catholics and politics: the dynamic tension between faith and power*, Washington, D.C.: Georgetown University Press, 2008.
- Kennedy, D. M.; Cohen, L.; Bailey, T. A. *The American Pageant: A History of the American People: To 1877*, Boston (Massachusetts): Cengage Learning, 2009.
- Kleppner, P. *The Third Electoral System 1853-1892*, Chapel Hill (North Carolina): The University of North Carolina Press, 1979.
- Milano, K. W., *Hidden History of Kensington and Fishtown*, Charleston (South Carolina): History Press, 2010.
- Prendergast, W. B., *The Catholic vote in American politics*, Washington, D.C.: Georgetown University Press, 1999.

¹¹ Nicholas, P. “Biden, the sinner”, *The Atlantic*, October 21, 2021. <https://bit.ly/3L1DzpW>

¹³ Elana Shor and David Crary, “Biden and Trump split the 2020 Catholic vote almost evenly”, *America Magazine*, November 6, 2020. <https://bit.ly/32PRRsp>